

si hay una virtud específica de esa condición de hombre es la virtud de la renunciación.»

El origen de las palabras es clave que nos da la comprensión muchas veces. Virtud quiere decir potencia, fuerza, cosa de hombres, virilidad.

Por ello nosotros no podemos ni debemos tolerar, como hombres y como cristianos que somos, que se sostengan tales ideas ante nuestra juventud. Prometimos la lucha por la pureza y debemos realizarla con todas nuestras fuerzas, con las del espíritu y con las físicas si es necesario. No debemos ni podemos quedar en silencio y pasivos como el que asiste a un espectáculo; es preciso que, como actores de la misma vida juvenil, forcemos su marcha por el camino recto que el Señor mandó, sin contemplaciones ni consideraciones humanas. Hemos de conseguir en nuestra generación española la realización de la alabanza del libro de la Sabiduría: «¡Oh, qué hermosa la generación casta con claridad! Pues es inmortal su memoria por cuanto es conocida delante de Dios y de los hombres. Cuando está presente la imitan, y la echan de menos cuando se ha retirado y coronada para siempre triunfa.»

* * *

Cuál es el modo de acción que ha de seguir nuestra juventud? En el párrafo del libro de la Sabiduría ya se cita, pero San Pablo es más explícito. Dice a Timoteo: «Ninguno tenga en poco tu juventud; pero has de ser dechado de los fieles en palabras, en buena vida, en fe, en pureza.» En esta exhortación está la síntesis de nuestra misión. El ejemplo sobre todo. Es me-

nester pensar que la juventud no la capta el reglamento ni siquiera a veces el consejo, sino el ejemplo. Y es función específica de la Juventud, sobre todo en el capítulo de la vida que se refiere a la castidad, el del ejemplo. El límite de la ley se burla con pretextos vacuos, hay una voz que surge del cuerpo y del corazón que atenúa lo que la ley dicta: el consejo es propio en sí del que está ya de vencida en el camino de la vida, por eso el consejero mejor es el anciano. A lo joven hay que predicarle con el ejemplo, con el ejemplo bueno. En el ejemplo está lo que nos llega al corazón y decide nuestra conducta: el sacrificio. Porque en el fondo todo joven, aun el más alejado de la verdad, sigue amando y admirando en el fondo de su ser el sacrificio que se presenta ante sus ojos y lo ansia para sí.

El ejemplo de castidad alcanza a nuestra vida toda. Altares hemos de ser de pureza, en nuestro obrar, en nuestro pensar, en nuestro hablar.

Para que el ejemplo tenga su fuerza completa hay que llevarlo con virilidad, hay que llevar la virtud como es, como fuerza, No con rostro pálido y triste del que se siente minorizado por la ley, sino con la cabeza alta y ergida y el reflejo del sol en la cara. Sin miedrosidades. No como el derrotado lleno de tenor de la vida, sino como el triunfador que domina la misma vida. Tenemos que acabar con las estampas acarameladas de jóvenes rizados y soñadores de rostro amadonado. Es necesario llevar en la cara y en el gesto el espejo de la fuerza del Señor, actuando sobre nosotros. Alegría sobre

(sigue a la página 7)